

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS

ESCAPAN DE LA PRISIÓN

**¡Ahora
a todo
color!**



TEAMCOMPAS

mī

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

LOS COMPAS **ESCAPAN DE LA PRISIÓN**

mĩ

ÍNDICE

Introducción. Una celebración accidentada, **8**

- 1.** Un juicio injusto, **16**
- 2.** El primer día en prisión, **32**
- 3.** La banda de los Pigman, **50**
- 4.** En aislamiento, **70**
- 5.** Cadena de favores, **82**
- 6.** La Bestia, **100**
- 7.** Plan de fuga, **116**
- 8.** Nuevas normas, **132**
- 9.** Motín en Alcutrez, **144**
- 10.** Comienza la fuga, **160**
- 11.** ¿Al fin libres?, **180**
- 12.** Rumbo a Tropicubo, **196**
- 13.** La venganza, **208**

Epílogo, **220**

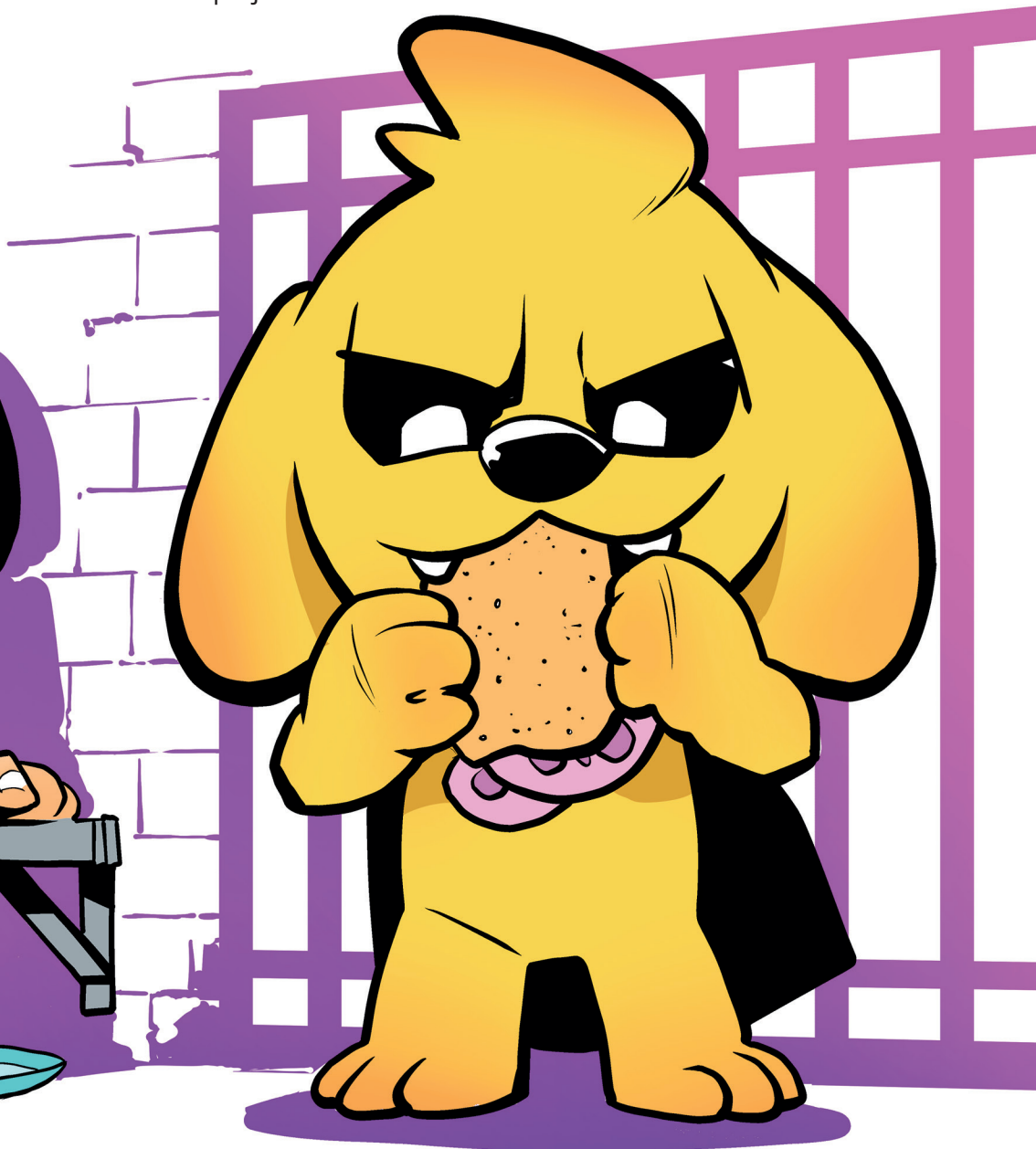
1. UN JUICIO INJUSTO

Tras pasar toda la noche en un calabozo de los juzgados de Tropicubo, el estado de ánimo de los tres Compas era... variable. A nadie le gusta estar encerrado, claro, pero también es verdad que cada persona se toma las cosas a su manera.



Por ejemplo, Mike se entretuvo devorando la comida que el guardia trajo para los tres. Básicamente se trataba de pan duro con unas lonchas de algo parecido a la mortadela, aunque Trolli no estaba de acuerdo en este detalle.

—Es tan fino y seco que parece papel de periódico. Incluso creo que lleva impresa la noticia de nuestra detención —se quejó Trolli.



—Ñam, ñam... No está tan mal —fue la respuesta de Mike—. El pan está un poco duro.

—Puedes remojarlo con el agua que nos han puesto en esa jarra —añadió Trolli—. ¡Pan y agua, tío, como en las películas malas! Esto sabe a agua sucia... ¡Yo quiero café y galletas! Además, ¡¿qué hemos hecho?! Yo no me creo eso del vandalismo.

—Al final va a ser lo de la caca en la alfombra del hotel, ya verás —se lamentaba Mike.

—¡Guardia, guardia!

A las voces de Trolli respondía siempre un coro de gruñidos procedentes de los presos de otras celdas.

—¡Cállate ya, *pesao*! —soltó una voz ronca desde la celda de enfrente—. Si llego a saber que ibas a hacer tanto ruido, no me habría saltado aquel semáforo en rojo.

—Ese tipo tiene razón —dijo entonces Timba—. Vinagrito, no me dejas pegar ojo, no haces más que quejarte.

—¿Pero es que soy el único que se da cuenta de la situación? ¡Que estamos presos sin haber hecho nada!

—Pues entonces seguro que tampoco nos pasa nada. Nada por nada igual a nada.

—Creo que no era así —respondió Trolli, intentando recordar su libro de mates.

—Bah, amigos, todo esto es un error. Y sin duda tendremos un buen abogado: somos los héroes de Tropicubo —zanjó la cuestión Timba, antes de seguir *esforzándose*, es decir, durmiendo.

—Madre mía, vaya dos colegas que tengo... —se quejó Trolli, mirando cómo caía la noche al otro lado de los barrotes de la ventana.

Como había prometido el sargento, no tuvieron que esperar demasiado para el juicio. En Tropicubo la gente es ma-

drugadora y apenas las luces del alba iluminaron la celda, un guardia malencarado (vamos, más feo que un bloque del Nether) golpeó con su porra los barrotes de la puerta.

—¡En pie! ¡Vamos, arriba, panda de delincuentes! Os espera el juez. ¡Y el fiscal, ja, ja, ja!

—¿Pero de qué se ríe este tío?

—Aquí no hay quien se *esfuerce* con este jaleo.

—Tengo hambre. ¿Y el desayuno?

—¡Vamos, andando, inútiles! —exclamó el guardia tras abrir la puerta enrejada.



Los tres Compas, aún medio dormidos y agotados por la mala noche, fueron llevados a través de un pasillo largo y lúgubre. Había incluso telarañas en los rincones y manchas de humedad. Al parecer en el juzgado de Tropicubo no se gastaban mucho dinero en cuidar las partes destinadas a los detenidos.

—Madre mía, qué destruido está todo —comentó Mike—. Huele peor que un perro mojado. O sea, que yo mismo...

—¡A callar! —gritó el guardia—. Ya hemos llegado. ¡Adentro!

Al decir esto abrió una gran puerta de madera labrada. Y lo que nuestros amigos vieron al otro lado los dejó de piedra. Claro, tras el pasillo tan deteriorado no esperaban que la sala de juicios fuera tan esplendorosa. Había grandes columnas talladas, un estrado de madera muy bien decorado, asientos de alto respaldo forrados en terciopelo para las autoridades... y tres banquetas bastante incómodas y hechas polvo para los detenidos.

—¡Venga, vosotros tres, sentaos ahí!

—Soy un perro —se quejó Mike—. No puedo sentarme en una banqueta.

—¿Seguro que no? —sonrió malignamente el guardia.

—Sí, sí, sí que puedo, excelencia —afirmó Mike al ver la porra con la que le amenazaba.

Mike se sentó como pudo y sus dos amigos hicieron lo propio. Un segundo después comenzó a entrar el público. Había varios ciudadanos de Tropicubo, incluido Raptor, pero entre todos ellos destacaba el sargento Pimiento, que miró con una extraña sonrisa a los Compas. Sus ojos brillaban con un poco de maldad debajo de su gorra. A Timba lo que le extrañó fue no ver a Rius por allí.

A continuación entró en la sala el fiscal acusador, un tipo delgaducho y trajeado, con la cabeza en forma de cebolleta.

—Su excelencia Cebollito, fiscal del distrito —anunció el agente—. Todos en pie.

A continuación entró en la sala el abogado defensor... Nadie lo anunció.

—¿Rius? —preguntó Trolli, alucinado, al verlo pasar vestido con una toga negra muy vieja y llena de parches.

—Eso me temo, chicos —contestó el viejo marino—. La alcaldía me ha designado como vuestro defensor.

—Pero, pero... ¿tienes conocimientos de leyes? —preguntó Mike, haciendo equilibrios sobre la banqueta.

—Me temo que no. ¡Si ni siquiera me he aprendido bien el código de navegación, y eso que llevo toda la vida en un barco! Solo me han prestado esta toga, que está hecha polvo.

—Pues estamos apañados...

—¡Todos en pie! —gritó el guardia—. Recibamos con un aplauso al juez (y alcalde de Tropicubo)... ¡Señor Donald Trompeta!

Aún resonaban en el aire estas palabras cuando entró por una puerta lateral de la sala un hombre más bien corpulento con cara de bonachón. Iba vestido con una toga negra más lujosa que la de Rius y llevaba un peinado muy raro, con el flequillo en forma de trompeta, como su propio nombre indica. Encima del pelo llevaba, de mala manera, una peluca blanca de juez que le daba un aspecto ridículo. Timba no pudo evitar un comentario:

—Vaya pinta que tiene hoy, señoría...

Al oír esto el juez se volvió hacia los Compas y, sacando una trompeta pequeña del bolsillo de la toga, dio un toque

largo que dejó medio sorda a la concurrencia. Su gesto bondadoso se transformó en una cara de vinagre tremenda.

—¿Dónde se ha creído que está, muchacho? A la próxima le acuso de desacato.

—Timba —dijo Trolli por lo bajo—, ¿es que quieres que nos condenen de antemano? Calla la boca.

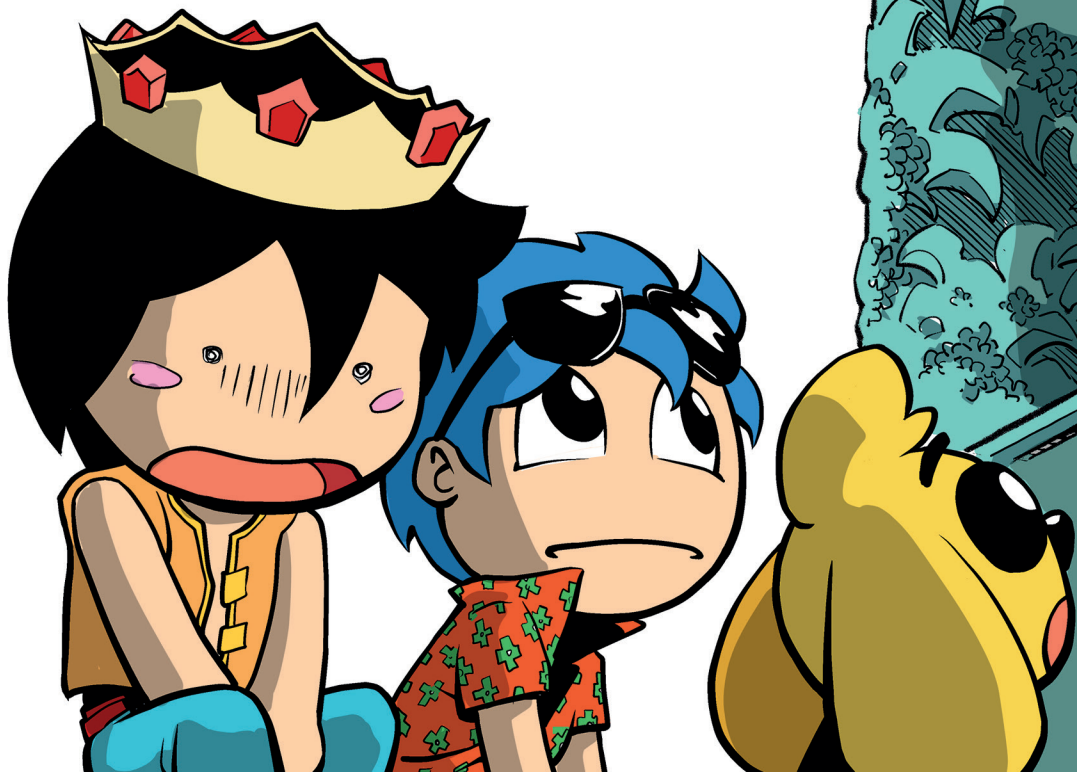
—Vale, vale. Seré bueno.

—Que empiece el juicio —dijo el juez Trompeta, una vez sentado al frente del tribunal—. Fiscal Cebo-lito, proceda con la acusación.

—Sí, señora. Quiero decir, «señoría». Es que esa peluca me confunde.

—Pero me queda bien, ¿no?

—Sin duda, señoría. Está usted guapísimo.







—Va usted muy bien, señor fiscal. No me cabe duda de que lleva este juicio de carril.

—Gracias, señora. Digo «señoría». Y ahora al grano: los tres acusados, conocidos bajo el alias de «Compas», son responsables de vandalismo, destrucción, gamberrismo, estragos, caos y... de hacer mucho ruido y no dejar dormir a la gente.

—Excelente, señor fiscal —cortó el juez—. Quedan declarados culpab...

—¡Protesto, señoría! —intervino Rius—. Mis amigos, digo mis clientes, deben tener ocasión de defenderse.

—Ah, sí, es verdad. Qué rollazo. Esto de ser juez es peor aún que lo de ser alcalde. Proceda con la defensa pues, pero no se enrolle, que tengo que irme a inaugurar papeleras.

—Señoría —procedió Rius—, mis defendidos son inocentes de todas las acusaciones. De hecho son unos héroes que salvaron Tropicubo de las maldades del Titán Oscuro.

—¿Tiene alguna prueba de lo que dice? —preguntó Trompeta.

—Sí, por supuesto. Aquí, en esta carpeta que he... ¿Dónde la he puest...? ¡Mike!

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó el aludido. Al hacerlo eructó y de su boca salieron disparados unos trocitos de papel y cartón.

—Mike, ¿te has zampado las pruebas de la defensa? —preguntó Rius, con los ojos como platos.

—¿Esto eran las pruebas? Pensé que era mi desayuno.

—¡Madre mía, madre mía! ¡Vaya dos, el glotón y el vago! —se lamentó Trolli, llevándose las manos a la cabeza—. Rius, ¿no hay testigos a nuestro favor?

—No, ni uno. Nadie se ha atrevido a venir...

—Tranqui, vinagrito. No pasa nada. Somos inocentes. Confía en la Justicia.

El juez se colocó la peluca, que se le caía para un lado, y se dirigió a la sala.

—No he visto un caso más claro en mi vida —anunció—. No obstante, ¿hay alguien en la sala que quiera decir algo sobre este asunto? Pero algo gracioso, por favor.

El sargento Pimiento levantó la mano.

—Sargento, acérquese al estrado y diga lo que tenga que decir.

—Señoría —empezó a hablar el sargento—, no me cabe duda de que estos tres muchachos... Qué digo muchachos... ¡Estos tres bandidos! Sí, estos tres delincuentes... son culpables. Lo prueba el mero hecho de que yo los haya detenido. Si fueran inocentes, no estarían aquí, ¿verdad?

—Cuánta razón tienes, hermano. Digo sargento —aplaudó el fiscal Cebollito.

—El sargento y el fiscal son hermanos —dijo Trolli—. Esto parece el típico juicio amañado.

—No adelantes acontecimientos, Trolli —respondió Timba, siempre lleno de optimismo—. La Justicia no puede equivocarse.

—La palabra del sargento es suficiente prueba para mí —soltó de pronto el juez, tras lo cual pegó otro toque de trompeta que hizo salir volando su peluca.

—¡Un momento! —exclamó Trolli—. ¿Pero qué clase de juicio es este? ¿No se supone que uno es inocente mientras no se demuestre lo contrario? ¡Lo están haciendo todo al revés!

—¡Exacto! —añadió Mike—. Además, nadie me vio hacer caca en la alfombra del hotel.

—Bueno —intervino el fiscal—, por si alguien duda, miren: tengo esta foto que prueba que los Compas eran amigos del Titán Oscuro. Todo eso que cuentan de que lo mataron no son más que tonterías.

Diciendo esto el fiscal enseñó una foto en la que se veía a Mike, Trolli y Timba bailando con el Titán en una discoteca.

—Pero... ¡Esta foto es falsa! —protestó Trolli—. Son nuestras caras pegadas de mala manera sobre los cuerpos de otros. Si se nota el Photoshop por todos los lados.



—Yo nunca me pondría esos pantalones —indicó Timba, colocándose bien el pelo.

—Y yo soy un perro. ¡Y ese cuerpo de la foto es de una persona! —señaló Mike.

—Que les acuso de desacato, muchachos —trompeteó de nuevo el juez—. Está prohibido discutir las pruebas. Creo.

—Solo ejercemos nuestro derecho a la defensa.

—Es cierto. Y lo hacen muy bien. Por eso voy a hacer que su pena sea mucho más leve de la que merecen.

—Ah, pues muchas gracias —respondió, con una sonrisa aliviada, Trolli.

El juez permaneció callado unos instantes, pensativo, mientras el público, el fiscal, el sargento y por supuesto los Compas permanecían expectantes.

—La foto es incuestionable. ¡Quedan declarados culpables! La condena será de cadena perpetua.

—¡Protesto, señoría! —gritó Rius—. Es demasiado para una acusación de vandalismo.

—Tiene razón, tiene razón —admitió el juez—. Lo dejaremos en... trescientos años y un día. Y la pena se cumplirá en... la isla de Alcutrez.

—¡Ufffff, ya pensé que me castigarían sin chocolate! —dijo Mike, aliviado.

—¡Noooooooooooo! —gritó Timba, de repente.

—¿Por qué gritas, loco? —le preguntó Mike.

—Este... Bueno, por el nombrecito. Es que eso de «Alcutrez» suena fatal, ¿no?

—¡Peor suena «trescientos años y un día»!

—Bueno, tocamos a cien cada uno, no es para tanto —dijo Mike.

—¿Y te parece poco? Cuando cumplamos la condena estaremos muertos.

—O peor aún... —añadió Timba—. ¡Seremos viejísimos!

—Es verdad —terminó Mike—. Ahora que lo pienso, eso es bastante más que una vida perruna.

—¡Melocotóóóóón! —gritaron, ahora a coro, los tres Compas.

—Y yo que creía que la Justicia no se equivocaba nunca... —se lamentó Timba.



—¡Vamos, cerrad la boca y venid conmigo! —ordenó el guardia, que parecía muy contento con la condena—. Os va a encantar el viaje.

Una vez en el exterior, un barco policial esperaba a nuestros amigos para llevarlos a la isla donde se levantaba la terrible cárcel de Alcutrez, una prisión de máxima seguridad construida sobre una roca en medio del mar. Nadie había escapado nunca de allí, de ese lugar siniestro donde iban a parar los peores delincuentes.



Desde la cubierta del navío los tres Compas, esposados y custodiados por los hombres del sargento Pimiento, vieron con desesperación cómo sus amigos Rius y Raptor los miraban desde la orilla sin saber qué hacer.

—No os preocupéis —les dijo el guardia—. Volveréis a ver a vuestros amigos... ¡dentro de un siglo! ¡Si es que sobrevivís en la cárcel! ¡ja, ja, ja, ja, ja!

